

El Castellano en Antioquia

Por Alfonso Mora Naranjo

Unas breves y necesarias observaciones sobre el lenguaje, observaciones de propia y ajena cosecha, en primer lugar. Estos conceptos que expondré en seguida, palabra más, palabra menos, expresan una síntesis honda de la trascendencia filosófica y sociológica del lenguaje, sobre el cual tengo que basar necesariamente mi exposición.

Gustamos y nos servimos de las dulzuras y de las riquezas del lenguaje —dice un comentarista americano— como gustamos y nos servimos, casi sin darnos cuenta de ello, del noble tesoro de la vida. Casi nunca nos detenemos a considerar la trascendencia de ese acto grandioso que es hablar, así como no pensamos con mucha frecuencia en esa cosa terriblemente seria y bella que es vivir. Pérez Guerrero, filólogo ecuatoriano, dice: “Se goza de la palabra y de la vida sin desentrañar de dónde vienen ni a dónde van, sin profundizar sus hondos y secretos sentidos. Se habla, se lee, se vive como cosa sin valor, como cosa sencilla, y no se piensa que el lenguaje y la vida son el milagro de los milagros, son la luz aureolada de misterio que rodea esta oscuridad pavorosa del universo”.

Nos espantamos ante la muerte y ante la mudez, es decir, ante lo real, ante lo general, ante lo común. La muerte es la realidad y la vida es el milagro. La mudez de las cosas, el sereno silencio de las cosas es lo real, lo común, lo habitual. La palabra es el milagro, es lo maravilloso, es lo excepcional.

Y ha venido la palabra de pueblo en pueblo, de generación en generación, de siglo en siglo, de cultura en cultura, cambiando colores, variando matices, perdiendo sonidos o agregándolos, pero siempre interpretando pesares, alegrías, entusiasmos, heroísmos, desesperación, serenidad, amor. La palabra que se pronuncia, la frase que se construye, la cláusula armoniosa cuya arquitectura es alegría musical para el oído y aún para los ojos, fueron hechas por cien generaciones anteriores, fue-

NOTA: A finales de año falleció el ilustre autor de este ensayo que incluimos aquí como homenaje a la memoria del docto profesor, gramático eminente y aquilatado escritor.

ron talladas como gemas, lentamente, a través de los siglos. Esas palabras recorrieron pueblos, montes, cordilleras, valles, mares, ríos, ciudades populosas, soledades desconcertantes y, en su largo y rudo peregrinar, cambiaron de aspecto y de valor, se pulieron con el uso, se limaron suavemente o también adquirieron asperezas y rugosidades, pero siempre establecieron, eso sí, aquí y allá, "una sinfonía con el corazón y con el espíritu del hombre y reflejaron siempre la llama encendida en el cerebro de una raza".

El lenguaje, los diversos lenguajes de cada raza y de cada pueblo se han formado sonido por sonido, palabra por palabra, frase por frase, giro por giro, así como se forman las grandes ciudades: calle por calle, casa por casa, barrio por barrio, y todo esto se ha encauzado, se ha nivelado, se ha unido por medio de tubos, de tapias, de alambres y de alcantarillas, así como en el lenguaje todo se ha ido armonizando, juntándolo todo hasta formar lenguas completas, expresivas, con literatura propia, obedientes a cánones precisos, como bajo la ley de un ritmo.

Pero así como el arquitecto de las ciudades es el pueblo, el lenguaje popular es el tesoro que forma el inagotable caudal de las lenguas. El lenguaje popular que les da vida, que les da sentido, fuerza y color a las palabras, que crea giros alados, que enriquece diariamente la lengua con modismos y derivados, que inventa palabras para sus diversos actos y necesidades, es una mina viviente que aflora sus filones, casi siempre, en boca del pueblo.

Para hacer un estudio de cualquier lenguaje, es necesario irse a la base, esculcar en los cimientos, y esa base y esos cimientos los forma siempre el lenguaje popular, el pueblo. Pero conviene especificar este concepto de pueblo. Digamos con Juan Maragall: "Pueblo para mí quiere decir el suelo social, la costra espiritual humana en la que todos tenemos las raíces y de la que cada uno se levanta más o menos, en una u otra formación y con aquellas virtudes o vicios que el azar de la germinación ha infundido en la naturaleza. En esta costra espiritual está todo el pasado y todo el porvenir de la humanidad: todo sale de este pueblo y todo vuelve a él a transformarse o rehacerse con su fuerza de vida, en su virtud germinadora. La rama más alta del más alto roble proviene del suelo popular, recibe de él su vida, lo mismo que la ínfima hierbecilla que le brota al pie. La alteza de un Goethe procede del mismo origen y virtud que la humilde simplicidad del labrador más oscuro. La santidad de un Francisco de Asís, sustentase en la misma tierra espiritual que la ferocidad del criminal más abyecto. Aquellos se bañan en otros rayos de luz y se mecen en otros aires; pero las raíces espirituales de unos y otros se entrecruzan en el mismo suelo y se nutren de la misma virtud inicial; todos devuelven al humus social los jugos y residuos de sus ideas, de sus actos, de sus santidades y de sus vicios, para fermentar allí de nuevo en la virtud germinadora y producir confundidos otras santidades, otras flaquezas, otros héroes y otros criminales, brotando perpetuamente del fondo común y vivo: el pueblo. En las relaciones concretas de la vida social se suele llamar pueblo a la vegetación más baja, distinguiéndola de la alta, y oponiéndola a ella, en cierto modo. En esto hay algún acierto, pero hay también el peligro de que se establezca una oposición antinatural. Llamando pueblo a las cla-

ses bajas solamente, se acaba por dar a entender que la virtud germinadora del suelo originario está sólo en ellas, y que toda la misión social, incluso la de altura, reside en su inferioridad, y toda su fuerza en el número.

Hay que decir, pues, a la hierba: "Vales, porque sólo de tu lado y nivel puede levantarse fuerte el roble más alto", y al roble, ya crecido: "Vales, en cuanto no eres sino la excelsitud de la hierba". Y a unos y otros: "Ambos sois del suelo: ambos sois el pueblo esforzándose hacia la altura".

Gustan los lingüistas de establecer una comparación entre la vida del lenguaje y la superficie de un río helado. "Al ver el hielo, se creería que ya no existe el río, que su curso se ha detenido. Pero bajo el lecho del hielo, el agua continúa su corriente, hasta que se rompe el hielo y salta murmurando. La lengua escrita, la lengua sometida a cánones gramaticales y diccionarios es la capa de hielo formada por el río: es cierta quietud, es cierto frío, es cierta permanencia. El agua que continúa corriendo bajo el hielo que la oprime, es la lengua popular y natural". Por eso la gramática de un idioma, de una lengua viva mejor dicho, no debe ser un engranaje de fórmulas abstractas, frías, sin vida, sin emoción. Debe ser eso, en parte, pero debe ser también lenguaje vivido y sentido por las diversas capas sociales, palabras y giros de los diversos sectores de una sociedad. Porque lo que generalmente se entiende por gramática es, digámoslo así, como un intento para ascender al más elevado pico de la cordillera de los Andes con la sola y única ayuda de un mapa de las llanuras del Caquetá. Ciertamente que algo coincidirá. Los ríos correrán monte abajo y los caminos seguirán ordinariamente el curso de los ríos, pero el que ha descubierto ésto, no necesita para subir a los Andes el mapa del Caquetá.

Inquietante, dice F. Mauther, es seguir la epopeya grandiosa de las palabras: marchan en falanges unidas y fuertes, interpretan, unas veces, el espíritu heroico y aventurero de un pueblo, dicen otras del patriotismo de una generación, envuelven aquéllas la infinita tristeza de una raza vencida, vibran de coraje y de alegría en los labios de un pueblo rico y triunfante y, al fin, van muriendo unas, son destrozadas otras por el uso; surgen muchas nuevas y varían casi todas para irse adecuando a nuevas culturas, a nuevos inventos y a hombres nuevos. Porque los molinos del lenguaje muelen muy despacio, es cierto, pero muelen con seguridad. Cada palabra tiene su historia y el conocimiento íntimo de un lenguaje daría el conocimiento general de todo un pueblo, de toda una civilización y de toda una raza. Pero esta historia, complicada y difícil, no es completamente conocida por la mayoría de los hombres. Lo que los filólogos saben de ello, es muchas veces inmediato, es superficial, es algo parecido a lo que pudiera saber una lombriz terrestre sobre el interior de la tierra.

La palabra, lo decía antes, ha servido para que cada cual exprese lo íntimo de su sér, se pinte tal cual es. La palabra es el hombre. Dime qué palabras usas, y te diré quién eres, sería un axioma indiscutible. Goethe ponía palabra sobre palabra, frase sobre frase, así como Rafael ponía color sobre color, y Mozart colocaba nota sobre nota, sonido sobre sonido... y cada uno era el genio.

Pero no siempre la misma palabra interpreta lo mismo en los distintos labios: así como creo que el **mí**, o el **do** o el **re** de un músico tiene sutiles diferencias con el de otro músico. Y es que el lenguaje es común, es general, pero a la manera que lo es el horizonte: no hay dos hombres que tengan el mismo horizonte; cada uno es el punto medio del suyo: así ocurre en el lenguaje.

Creo que tratar de conocer y ennoblecer las palabras, es ennoblecer el pensamiento y darle elegancia, ritmo, vida y luminosidad a las ideas. La idea va muda por entre los hondos recovecos del cerebro, mientras no la alumbraba la palabra, que es algo así como el cofre de oro y de cristal del pensamiento.

Tratar de que la palabra sea noble y amplia, es darles luz, sencillez y claridad a las ideas. Escoger de esa mina admirable del idioma el preciso objetivo límpido que cuadra al nombre; saber echar mano del verbo único, del verbo que interpreta fiel y cabalmente la idea, es artística labor de filigrana y es, muchas veces, magnífico don del cielo, una de esas maravillas que por suceder continuamente no nos impresionan sobremanera.

El amor a la lengua es garantía absoluta, ya se ha dicho muchas veces, de la unidad e integridad del espíritu nacional. Hay una leyenda oriental, bella como una bella flor de loto, sencilla como esas florecitas campesinas que se recogen a miles en los rastrojos, leyenda que simboliza el poder de la palabra... "Era un rey, un pobre rey sin ejército, ni arsenales, ni naves. ¡Un pobre rey! Y llegaron un día embajadores de un poderoso emperador a amenazarle con la guerra, si no se sometía a ciertas humillantes condiciones. El pobre rey hizo buscar al poeta de su corte y le ordenó que elaborara una respuesta tan vigorosa, tan llena de energía, de fervor, de heroísmo, de orgullo y de grandeza que, cuando los embajadores la recibieron, regresaron aterrados y dijeron a su amo que era imposible combatir y más imposible vencer la formidable fuerza del reino de que volvían".

El estudio del Castellano en Antioquia es asunto de una gran vastedad, no es tarea fácil de dominar. Tomar las palabras, los diversos modos de decir, los giros y las frases de este pueblo avispado, andariego, aventurero y luchador y buscarles sus hondas raíces, sus orígenes ciertos, y desentrañar sus variados y profundos sentidos, es trabajo interesante, pero complicado. Ver usadas esas frases y esos giros en la pluma de nuestros escritores, en la conversación familiar, en el cuento y en la copla popular, en la dulce habla campesina de nuestras gentes, es una labor que exige gran viveza mental, gran espíritu de observación y gran riqueza de conocimientos. "No se trata —como dijera Cejador— de desenterrar cadáveres, de trasegar osamentas. No. Es una labor viva, de vivir los pensamientos acuñados en todas las voces, los pensamientos de toda una región, deslindando el valor que los autores les dieron en un sin fin de libros y que el pueblo encierra y conserva en un sin fin de frases vivas que envuelven ideas aplicando leyes fonéticas y semánticas sacadas de la vida de los idiomas, poniendo en juego las facultades todas que contribuyen a la expresión del pen-

samiento, a la creación y vida de ese complicado mecanismo que se llama el habla, en el que la cabeza, la fantasía, el corazón, el hombre entero trabajan de consuno en la obra artística por excelencia de los pueblos; el habla popular”.

Hemos tenido nosotros muchos antioqueños, patriotas e ilustres, que han sido verdaderos maestros, investigadores consagrados y fieles enamorados de estos estudios. Varios de ellos han dejado obra impecable, expuesta en magistrales ensayos. A la ligera, porque de otra manera resultaría demasiado extenso, sin pretensiones de abarcarlos a todos, enumero los siguientes, entre los desaparecidos:

José Ignacio Escobar. — Oriundo de Envigado. Hizo sus estudios con el presbítero Alberto M. de la Calle y logró como muchos “beber la fuente de su notoria erudición”, según reza un pliego de la época. Fue calificado a porfía “de latinista profundo” y en sus lecturas tuvo trato con los más claros ingenios de la Roma clásica. Fue profesor de la Universidad de Antioquia, a la que amó con amor entrañable. Su nombre está vinculado a la memoria de claros hechos en la vida de esa institución. Cuando, a la llegada de los Jesuítas hubo de dejar sus clases de latín y castellano en la Universidad, se levantó un clamor en loa de sus nobles condiciones como ciudadano, empleado inteligente y profesor de profundos conocimientos en las lenguas que enseñaba. Desempeñó la rectoría por algunos meses y a él le tocó conferir el grado de doctor a Marceliano Vélez.

José María Gómez Angel. — Inteligente y activo sacerdote, ilustre en ciencias humanas y divinas. Fue rector del Seminario y también rector de la Universidad de Antioquia en la cual conquistó un alto nombre, no solo por su labor dirigente, sino como excelente profesor de castellano y de latín. Escribió un texto de gramática que para aquella época, puede considerarse como obra de grandes alcances. Fue maestro por vocación: si no era técnico en pedagogía, sí poseía la intuición intelectual y moral para el magisterio. Gran expositor, afirma don Fidel Cano: palabra fácil, atrayente, plena de emoción, guiada por el razonamiento sencillo y macizo, caló en la conciencia de las multitudes; enseñaba sin esfuerzo y corregía sin herir. . .

Urbano Ruiz. — El gran educador, maestro de varias generaciones de salamineños eminentes. Conocía muy a fondo la lógica del idioma. Dominaba el latín a las mil maravillas. Fue un gran conversador que sabía matizar su charla con una suave y delicada ironía, propia de su elegancia espiritual. Don Urbano Ruiz es el Justino de los “Sueños” de don Marco Fidel Suárez, de quien fue amigo muy dilecto. Publicó una gramática del idioma, modelo de sencillez y de buen sentido, que fue prologada por el mismo Suárez.

Emiliano Isaza. — Fue gramático, literato y diplomático muy distinguido. Autor de las siguientes obras: Gramática práctica de la lengua castellana, de la cual hizo 49 ediciones; Compendio de gramática práctica; Diccionario de la conjugación castellana; Diccionario ortográ-

fico de apellidos y de nombres propios de persona, en colaboración con César Conto (9 ediciones), Antología colombiana, El libro del niño, Primer centenario de la independencia de Colombia, en colaboración con Miguel de Toro y Gómez, Elías Zerolo y otros. Del señor Isaza dijo Cejador y Frauca: "No son astros de pequeña magnitud gramáticos de la talla de Emiliano Isaza, autor del mejor diccionario de la conjugación castellana que poseemos". Concepto muy honroso, porque el gran lingüista español no prodigaba los elogios.

Eusebio Robledo. — Salamineño de méritos indiscutibles, hermano del ilustre médico e historiador doctor Emilio Robledo. Fue no sólo un admirable escritor, un poeta de alta y noble inspiración, sino un profesor eminentísimo de Lengua Castellana y de Literatura. Su gran obra "Estética y Literatura" es un modelo de estilo elevado y limpio.

Marco Antonio Ochoa. — Admirable vice-rector durante muchos años de la Universidad de Antioquia; excelente profesor de lengua castellana, hombre que conocía detalladamente todos los vericuetos del idioma.

Fidel Cano. — Fue profesor de lógica del idioma en la Universidad de Antioquia y uno de los publicistas más fecundos que ha tenido el país, quien se distinguió por su estilo elegante, claro y correcto como ninguno. Sus poesías son todas de marcado sabor lírico y entre ellas son dignas de nombrarse "La oración por todos" que tradujo de Víctor Hugo, y que para muchos es superior a la traducción de don Andrés Bello. De don Fidel Cano, uno de los más profundos conocedores del habla nuestra, dice Carlos E. Restrepo: "Tuvo don Fidel tres amores sin límite que fueron su culto, su rito y su religión: amó a la república y a ella le ofrendó el talento, la tranquilidad y la mayor parte de su vida; amó el hogar, y formó uno de los tiempos bíblicos, un santuario al cual se debe entrar con la cabeza sin sombrero y las sandalias sin polvo; y amó al Dios-Niño y le consagró la parte más pura de su espíritu".

Francisco Marulanda Mejía. — Fue un ilustre pedagogo nacido en Salamina. Excelente profesor de castellano, concedor de todas las riquezas del lenguaje. Autor de un tratado de gramática francesa escrita en colaboración con el profesor Samuel Bond. Su gramática castellana, según el espíritu de Bello, está llena de ejemplos y de ejercicios prácticos y sencillos. Tal gramática obtuvo la opinión favorable de Miguel Antonio Caro, de Suárez, de Luis Eduardo Villegas y otros.

Martín Restrepo Mejía. — Antioqueño que fue honra de la cultura colombiana. Medellínense de pura cepa. Cultivó con esmero, con admirable consagración y entusiasmo ilimitado el estudio de la lengua castellana. Autor de excelentes libros de gramática, de lectura elemental, de preceptiva literaria y de corrección del lenguaje. Profesor eminente, de amplia erudición y habilísimo expositor. Hablaba como escribía: con sencillez, claridad y elegancia. Pulcro en sus palabras que

fluían de sus labios, transparentes y limpias. Sus libros de gramática castellana han prestado invaluable servicios en la enseñanza colombiana.

Tomás O. Eastman. — De origen inglés, nacido en Marmato, pero antioqueño de todo corazón. Gran economista, gran gramático, gran lingüista y, sobre todo, un gran señor. Hizo estudios profundos de fonética y de filología comparada y conoció seis idiomas; con igual facilidad analizaba un problema de prosodia latina como discutía un pasaje bíblico, una teogonía oriental, comentaba un filósofo griego, admiraba un orador romano o discutía un clásico inglés, francés, alemán o español. Fue el doctor Eastman autor de una obra muy notable titulada “Acentos de intensidad, de altura y de duración”.

Luis Eduardo Villegas. — El eminente jurista, honra del foro colombiano, cultivó la lengua con delectación, profundizó en ella amplios estudios sistematizados, sostuvo admirables polémicas sobre cuestiones gramaticales, entre las cuales es de citarse aquella interesantísima sobre pluralidad de los apellidos. Publicó un excelente estudio muy detallado sobre derivados verbales y sobre incorrecciones en el uso de los tiempos.

Valerio Antonio Hoyos. — Jurista destacado que ejerció su noble profesión como un verdadero sacerdote. Profesor muy ilustrado de latín y de lógica del idioma castellano en el Instituto Universitario de Manizales. Sus ensayos sobre la concordancia, el participio pasivo y el gerundio castellano, estudios que por su infinita modestia personal no llegó a publicar y que sólo dió a conocer a sus amigos, merecieron elogios muy expresivos del señor Suárez.

Alejandro Vásquez. — Fue un maestro, un verdadero maestro en el más expresivo significado de la palabra. Dirigió por muchos años, con éxito indiscutible, el Liceo Antioqueño. Allí Joaquín Antonio Uribe, el naturalista insigne, el profesor insuperable; Justo Montoya, el matemático y el gramático, al mismo tiempo; Gabriel Latorre, el sin par profesor de literatura, etc. Publicó don Alejandro un texto de gramática, de acuerdo en todas sus partes con las doctrinas de Bello y lleno de cuadros sinópticos que lo hacen muy accesible al estudiante. Pero el señor Vásquez en lo que se exhibió íntegramente como un gran conocedor del idioma fue en su carácter de profesor: allí citaba clásicos, modernos, se entraba resueltamente por las más intrincadas cuestiones gramaticales con una desenvoltura admirable. Fue mi gran profesor de lengua castellana y por él le cobré afecto a este estudio que levanta el corazón y clarifica las ideas: un respetuoso recuerdo a su memoria.

Januario Henao. — Toda su vida la dedicó al noble ejercicio del magisterio este sonsoño ilustre. Fue excelente profesor de castellano en la Universidad de Antioquia y en la Escuela Normal de la cual fue director admirable. Publicista notable colaboró en muchas revistas y periódicos del país y del exterior. Publicó un interesante tratado de “Puntuación y acentuación castellana” y un folleto “Cuentos y cantares antioqueños”.

Rafael Uribe Uribe. — Valor y virtud, energía y constancia ilimitados; patriotismo de los más puros quilates y carácter íntegro, fue un eminente concedor y divulgador de las bellezas de nuestro idioma. El general Uribe que desarrolló siempre una asombrosa actividad física y mental, fue figura de primer orden en todas las actividades, y en donde quiera que actuó dejó huella fecunda e imborrable. De él dijo en ocasión solemne el señor Suárez: “Su inteligencia estaba compuesta de los talentos más variados, pues en ella brillaban rápida comprensión, vívida perspicacia, flexibilidad que abarcaba las más diversas materias, actividad sin par y aplicación al estudio, y como fruto de todo esto una ilustración vasta y sólida que hizo de él un hombre superior: fue verdadero publicista, señalado jurisconsulto, polemista brillante, orador vehemente y persuasivo, diplomático distinguido por la discreción y el saber, poderoso en las lides parlamentarias, periodista cada día más atinado y correcto, erudito académico, polígrafo fecundo, e incomparable como jefe de partido por su destreza y actividad”. Del general Uribe es aquella frase lapidaria: “No puedo descansar, porque para ello ya dispondré de siete pies de tierra por toda una eternidad”. El general Uribe publicó un diccionario de galicismos, provincialismos y correcciones del lenguaje, obra esta, si no perfecta y completa, si de grandísima utilidad. Tal obra constituye un esfuerzo admirable para dominar tan vasta materia, un acto de consagración y de energía muy propio de ese colombiano eminente que fue una maravillosa torre de nervios masculinos.

Marco Fidel Suárez. — Ilustre ex-presidente de la república, figura americana de primer orden, ilustración casi ilimitada, es uno de los pocos hombres del continente que han dominado, en toda su desesperante extensión y profundidad, el amplio panorama de la lengua. “Tanto y tan merecido es lo que se ha dicho del señor Suárez que ya el elogio es el tiempo, es cosa limitada: él disfruta de la gloria del consagrado indiscutible, que es la eternidad”. Sus “Estudios gramaticales” son el indispensable complemento de la obra fundamental del sabio venezolano Bello, según don Antonio Gómez Restrepo. “En esa obra —escribe Caro— el distinguido filólogo colombiano expone las principales teorías gramaticales; cotéjalas con los principios sentados por otros gramáticos, antiguos y modernos; las confronta con la práctica de los buenos escritores de la lengua, y es de advertir que el tono de elogio que domina en estas páginas, como nacido de admiración sincera y reflexiva, y conforme con los respetos debidos a un tan alto maestro como Bello, no es parte a torcer la vara de la justicia, ni impide que el crítico desaprobe en algunos puntos o rectifique oportunamente las doctrinas, cuyo examen desempeña con criterio recto y no escaso acopio de curiosos datos lingüísticos”.

En su magistral obra “El castellano en mi tierra” dice Suárez: “El castellano trasplantado a América entró en un período de mera conservación, en este mundo repuesto y silencioso donde apenas pudo aumentar su caudal con los nombres de objetos propios del nuevo con-

tinente. De esta manera el sello de la lengua costa aquí de dos fases, que son el arcaísmo y el americanismo, los elementos peninsulares y los indígenas: combinación parecida a la que forman las orquídeas de nuestro suelo puestas en cincelado vaso antiguo. En cualquier poblado antioqueño puede contemplar cada uno el habla de los conquistadores, las reliquias de idiomas tropicales, y hasta voces peregrinas procedentes de tierras remotísimas. Aquí un monte que recuerda el de uno de los lugares de don Alvaro de Luna; allí el del cacique que señoreó la tierra; luego el arroyo bautizado con el apodo africano de un esclavo, y allá arriba, en el curvo perfil de monte altanero, el nombre que daban al paraguas los conquistadores, acordándose tal vez del sol de Andalucía.

“En Colombia y tal vez en otras naciones de la América española es quizás donde mejor se habla el español. Y las exageraciones y sísiles expresivos y graciosos, son indicio al mismo tiempo de los orígenes de la población. Qué ésta procede en parte de las montañas y de las provincias vascongadas de España lo revelan no solo muchos apellidos, sino la semejanza que liga el idioma de la que aquí se llamó la provincia con el de aquellas otras comarcas peninsulares. No hay, pues, quizás, osadía en calificar de bastante castiza en general el habla de Antioquia; así como parece natural que el día en que el folclore colombiano se cultive con bastante esmero, él recibirá de aquella tierra un importante tributo. Allí, en efecto, se conservan, invariables o modificados, abundantes modos de decir castellanos, en boca de las diversas categorías sociales, desde el labrador sencillo y aplicado hasta el operario entendido y decidor, desde el minero y el arriero esforzados hasta el negociante que no duerme, desde las clases cultas hasta la gente volante y regocijada, que largando rienda a su genio de aventuras, las remata en quieta prosperidad o las vincula por siempre a la alegría andante”.

Ahora bien: vamos, pues, a tratar de establecer que nuestro lenguaje, muy especialmente el lenguaje popular antioqueño, tiene hondas raíces peninsulares, es del más puro origen español, con lo que se demuestra que nuestro pueblo, especialmente nuestro campesino, ha sido un fiel conservador del idioma, en primer lugar, y que ese mismo pueblo ha enriquecido nuestra lengua con giros nuevos perfectamente aceptables, con miles y miles de derivados y compuestos excelentemente formados, con frases y maneras de decir acomodadas al genio de la lengua y que, en general, han sido las clases altas, las gentes leídas y sabihondas, las que han introducido el galicismo, el anglicismo y toda suerte de barbarismos que han desfigurado, en parte, nuestra lengua.

Tomemos, a la ligera, de “Americanismos” de Malaret, alguna serie —que bien pudiera ser casi indefinida— de palabras que viven a flor de labio en nuestro pueblo y que tienen un claro origen español, ya matriculadas algunas en el diccionario:

Andávete. - Es este un plenasmo muy usado para indicar la acción inmediata de alejar una persona. Se usa en Andalucía. Lo usan Avila y Martínez de la Rosa. Arona trae citas del Romancero.

Altozano. - “Es el atrio de la iglesia de nuestros pueblos. Viene del antiguo **anteuzano**, plazuela ante la puerta de una casa. En Vizcaya se llama todavía antuzano y en Asturias antoxana. Por necesidades de urbanización sólo pudieron conservar estas plazuelas las iglesias, castillos y casas grandes, y como éstas suelen estar en la parte más alta de la ciudad, hicieron creer que su antuzano se llamaba así por estar alto y se le llamó entonces **altozano**” (Menéndez Pidal. Gram. Hist. página 70).

Baquiano. - Práctico, conocedor de un terreno o de sus caminos. Hábil y diestro en cosas peculiares del país. Así lo usan los escritores como Cuervo, quien afirma que se engañaron Aledo y Salvá cuando escribieron **baqueano**. Lo usó Juan de Castellanos en sus “Elegías”. Mateo Alemán lo usó en su obra “Guzmán de Alfarache”. Efe Gómez emplea la palabra **baqueano** en “Mi gente”: “Usted debe ser muy baqueano, primo”.

Amarrar. - Atar, sujetar. Tiene un claro origen de viejos marineros españoles. Amarrar: atar a la orilla del mar. Cervantes lo usó: “Amarraos he a un árbol”, Quij. Cap. XXIV. En Antioquia le damos también el significado de embriagarse: “Se **amarró una rasca** de todos los diablos”. T. C. “Frutos de mi tierra”. También le damos la acepción de avaro, falto de generosidad: “Ese viejo es un muérgano **amarrado**” A. V. “Asistencia y camas”.

Pelado. - Pobre, sin dinero, pelagatos. En España, “bailar el pelado” es andar completamente sin dinero. Amunátegui demuestra el origen español de esta acepción: “Pase, pase el **pelado** que no lleva blanca, ni cornado”. P. Miguel Sánchez (siglo XVI). “Esta casa no recibe pobres ni calvos porque unos y otros vienen **pelados**” (Tirso de Molina). “Disfrutaba de una renta modesta, suficiente para el desahogo de una señora **pelada**, como ella decía” (Emilia Pardo Bazán). “Cuentos sacro-profanos”.

Muy vivo es el cantar antioqueño que cita Tomás Carrasquilla en “Hace tiempos”:

Quando el carriel se me **pela**
nada en sus antros encuentro;
si está **pelado** por fuera
más **pelado** está por dentro.

Pararse. - (Parado: parao en nuestra pronunciación vulgar antioqueña). Pararse, es ponerse en pié. Así se usa en Asturias. “La gente, si está sentao, **párese** si se pón erguida” (Rato y Hevia). “Et cuando el gallo vido la liebre et la gineta asomar de lueñe, **paróse a mirar**” (Menéndez Pidal). “La doncella, muy fermosa, se **paró a una ventana**” (“Cid” parte tercera Nº 86). “Et fueron a **pararse** en aquel lugar” (Alfonso el Sabio). “Mozo, **párate** allí, y verás cómo hacemos esta cama” (“El lazarillo de Tormes”).

Acabóse. - Lucha, tumulto fenomenal. Bulla, entusiasmo excesivo. “Con la entrada de los negros armados al baile, aquello fue el **acabóse**” (Arias Trujillo, “Risaralda”). Muy usado en Antioquia, pero

es puro madrileñismo. Pereda lo usa en casi todas sus obras. "Si en juntándose las dos mujeres es el **acabóse**" (Concha Espina, "El Jayán").

Agarrar. - Tomar una dirección o rumbo. Agarró para abajo. El sentido de este verbo se amplía tanto en España como en América. **Agarrar** el puerto es llegar a él, dice el diccionario marítimo. "Cuando te dieren un gobierno, **cógelo**; cuando te dieren un condado, **agárralo**". ("Quijote" 2. Cap. 50). "**Agarra** la ocasión por un pelo, chica", (Lamano). "Ya que no podemos hablar el euskaro tenemos que **agarrar** el bilbaíno" (Arriaga). "Tener a uno **agarrado** por la nariz" es frase corriente en España para indicar que se le tiene sujeto a nuestra voluntad. "**Agarró** a escribir". (Tomás Carrasquilla, "Hace tiempos").

Misiá. - Tratamiento equivalente a **mi** señora. No es exclusivo de América y, mucho menos, de Antioquia. "**Misiá** doña Cayetana", se lee en el sainete "Los novios espantados", de Ramón de la Cruz; **Misiá** Carlota aparece en un cuento de Ramón del Valle Inclán, en "Historias perversas", pág. 69. **Misiá** Juana, escribe Tirso de Molina en la "Santa Juana", Acto 2º, escena 2ª. En gallego dicen **misiá** también.

Baboso. - Bobo, babieca entre nosotros. Lo mismo en gallego y portugués. Lo usa Emilia Pardo Bazán en su novela "Allende la verdad".

Ruana. - Esta prenda de vestido nuestra, parece que es la **manga** o **manta** mexicana y el **poncho** peruano y argentino. Significó **manta** en España (Cejador). "Quedáronse en la cama envueltos en una **manta**, la cual era lo que llaman **ruana** (Quevedo, "El buscón", Libro II - Cap. IV). El diccionario de autoridades dice que es la frazada raída y mal parada de que los pobres se sirven en sus camas.

Lamber. - Lamer. **Lamber**, es palabra de uso antiguo en España. "El güey suelto bien se **lambe**", dice Pereda en "Peñas arriba", página 303. En "La puchera" usa la palabra **relamber**, pág. 429. No sólo en América se usa todavía el vocablo sino en Aragón, Galicia, Salamanca, León y Andalucía.

Lambón. - Adulador, bajo, soplón, en nuestro uso vulgar. Con esa acepción lo usa también Emilia Pardo Bazán en "Madre Naturaleza", pág. 342. En Galicia significa **goloso**.

Entre los términos antioqueño-españoles citados por el señor Suárez, señalamos estos: **fullero**, que es el tramposo en el juego, lo usamos por afectado en los movimientos; **cismático**, quiere decir algo como aspaventero; **flato**, por murria o lo que dicen nervios está en la "Floresta" de Santa Cruz y se repite en una mojiganga de Calderón. Si no estamos trascordados, dice Suárez, al sujeto poco listo le dicen en Antioquia **guazamalleta**, voz que se lee en Villalón con otro significado. "Los "palos de romero" que escribe Santa Teresa para indicar una cosa de poca monta, son en nuestro pueblo "palos de tabaco". **Tomado**, que a secas significa **tomado** de la maleventura y poseído de contratiempos. "Estoy muy **tomado**" trae a la memoria los versos de Quevedo a

un globo cosmográfico: “Esté la esfera limpia, esté lustrosa que da lástima el verla tan **tomada**”.

Oímos a la gente de nuestro pueblo la expresión: “Al tanto me ofrezco” que en sus diálogos amistosos es un retorno de cumplimiento. Tenemos frases como “dejar fritos” por dejar espantados, que trae Piedrahíta; “dichosos los ojos que lo ven”, saludo bonito y cariñoso, usado en España; “Dios lo lleve con bien”, despedida que leemos en Calderón; el “por no dejar”, como si se dijese “por no haber otra cosa que hacer” que se lee en la “Historia” de López de Gómara; “agua Dios misericordia” encarece el concepto de un aguacero seguido y proviene de a Dios misericordia. En lugar de las “once varas de botines” que se lee en el Padre Isla, decimos “camisa de once varas”. Para denotar un golpe extremado dicen los españoles, refiriéndose a la espada; “dar con la vaina en todo” lo cual expresamos nosotros “dar con el hojo del hacha” (Suárez).

Pudiera continuar con una serie de palabras, todas de gran uso en nuestro pueblo y que han sido usadas no sólo por el pueblo español sino por sus escritores más sobresalientes. Pero temo hacerme demasiado extenso y fatigante.

Tenemos en Antioquia un sinnúmero de palabras y de frases sumamente expresivas y enérgicas, llenas de color y de inteligente malicia algunas, burbujeantes de entusiasmo y de jacarandosa alegría otras y que pueden considerarse castizas porque en su formación no siguen las normas de la galiparla sino que buscan los puros acentos del español.

Machorrucio. - (Jugar machorrucio, engañar a otro). El doctor Emilio Robledo en su excelente obra “Papeletas Lexicográficas”, que es producto logrado de ese noble y alto espíritu investigador, define esta palabra así: “Se da este nombre a una preparación de maíz cocido, molido y colado. “Meterle a uno machorrucio” es engañarlo, timarlo”.

Tomás Carrasquilla lo usa en esta copla:

Ya nos dieron machorrucio
mañana nos dan neblina,
no nos queda más remedio
que largarnos de esta mina.

“Ni por esas se agallinó Peralta, ni le coló cobardía y cavilosisió que en el cielo le fueran a meter **machorrucio**”. “En la diestra de Dios Padre” (Tomás Carrasquilla).

Caña. - (Echar cañas, cañero). En la acepción casi puramente antioqueña y santandereana es exageración, hipérbole. El pueblo antioqueño es muy **cañero**. Y en la **caña**, es decir, en lo exagerados, en lo hiperbólicos, dizque ocupamos el primer lugar de la república y posiblemente en América, dice Santiago Pérez Triana, si se exceptúan los señores descendientes de los portugueses, nuestros muy caros vecinos, los brasileños, porque parece que nada hay más exagerado que una **portuguesada**. Las hipérboles de nuestro pueblo no tienen el sentido de

la finura, de la atenuación. Son broncas como las siguientes: “Yo soy un racimo de rayos colgado de la cola de un relámpago”. “En la vida de mi Dios no se encuentra un hombre más honrao”, etc., etc.

En las noches campesinas de molienda, allá junto al trapiche que traquetea, la miel que hierve en el fondo de cobre, el remellón que pasa el guarapo de una a otra paila, el atizador que suda junto a la boca del horno, rompen, de pronto, los coplistas más hábiles una serie de cantares alegres, maliciosos, o también en forma de gritos de una desolación incomparable. Se ensartan, casi sin resuello, cuantas coplas es posible al grito de ¡caña! De ahí puede venir, dice Carrasquilla, la acepción antioqueña de la palabra **caña** y su derivado **cañero**: o también, digo yo, de **caña**, cierta canción popular andaluza:

—Trove, trove compañero
no se quede **parao**
que dirá la gente
que lo tengo agallinao
¡caña!

—Que me tiene agallinao
no puede decir la gente:
soy un macho muy **sobao**
bebedor de aguardiente.

Contrimás. - Este curioso vocablo antioqueño, dice Uribe Uribe, es evidentemente corrupción de **cuantimás**, de cuanto y más, equivalente a cuanto más o tanto más cuanto que, y en tal sentido dicen nuestros montañeros: “No le ayudo a rajar la leña porque estoy enfermo, **cuantrimás** que hoy es domingo”. Pero también suelen darle el significado de mucho menos o cuanto menos, como en esta original respuesta que uno de ellos daba a quien le exigía la devolución de diez pesos: “No pago **nian** lo que legítimamente debo, **contrimás** plata prestada”.

Natilla. - El diccionario autoriza la voz **natillas**, pero con un significado que no es precisamente el que le damos nosotros, aunque en las últimas ediciones sí le da en una acepción el mismo significado, pero usando la voz **natillas**. Nuestra natilla se hace de maíz cocido, molido y colado, leche en proporción y panela; esta preparación se pone al fuego hasta que engruesa, y con el enfriamiento se vuelve sólida. La **natilla** y los buñuelos constituyen la nochebuena de los antioqueños; los mineros y trabajadores emigrados vuelven por navidad a sus casas para hacer la nochebuena, y no hay labriego, por pobre que sea, que el 25 de diciembre no tome con su familia, la tradicional y sabrosa nochebuena (Uribe Uribe).

Lempo, a. - Según el Dr. Robledo: Grande, desproporcionado, burdo. “Esta **lempa** de señora”. Contaba míster Prichard, gran minero inglés, quien hizo estudios de castellano en Londres, antes de venir a este pueblo, el gran desconcierto que tuvo al llegar a las puertas del Hotel Europa de esta ciudad, cuando oyó a un embetunador que decía

a otro al ver pasar a don Enrique Gaviria con un violón: "¡Juel **sipo** de **lempo**, de **morlaco**, de **sespedón**, de **troló** de violón!". Mister Prichard que no entendió, creyó haber perdido su tiempo estudiando castellano.

Trabajar la sangre. - Es un curioso eufemismo para indicar que se hacen o fabrican morcillas o rellenas. "**Trabajo la sangre**, y eso me ha dado con qué sostener estos langarutos" (A. V. "Asistencia y camas").

Guale. - Murria. Tedio. Tristeza. Término éste sumamente usado en Manizales, hasta por la gente más distinguida. En algunas boticas de la ciudad venden **gualina**, que dizque es remedio para calmar el guale.

Arrancarse el alma. - Pelear hasta matarse. "Hágase **pacá** hermano pa que nos **arranquemos el alma**" (Arango Villegas).

Del gajo de las **chupachupas** es el majadero, el tonto, el que se deja explotar. Para ponderar la excelencia de una persona o cosa, exclama nuestro pueblo: ay si hay candela!, ay si hay cacao!, ay si hay cuscús!

"Sabe dónde pone la garza". Dice Uribe Uribe: dos curiosas supersticiones hay en Colombia acerca de esta ave melancólica. Cree el vulgo que los cazadores no deben nunca hacerle fuego, porque inmediatamente se daña la pólvora que llevan consigo. Así mismo sostienen que nadie ha dado nunca con un nido de garzas, con sus huevos o polluelos; de ahí el refrán: ese sabe dónde pone la garza, para ponderar el agudo ingenio y la perspicacia de alguno".

Creerse mucho chuzo, creer mucho en su machete, para denotar el gran aprecio en que se tiene una persona a sí misma; pilar por el afrecho, es decir, el sometimiento a algo deprimente cuando se puede aspirar a algo mejor; servir de balde, meterse en enguandas, al alcalde quien lo ronda, meterle los monos, a boca de jarro, a ojo cerrado, jugar burro o tacar burro, dar lora, ras con cantidad, ni cinco riesgos, cogerlo de mingo, no hay tal fervus, ¡tan bobo!, ¡ay ta pues!, juro a taco, fuera de tiesto, está en agüita, ser almi-atravesado, ser arrivolverado, cosa mogolla, buenos sopapos, moler con yeguas, no menesta compañía, sacarle los trapos al sol, conocer a la legua, amanecer en el rucio, calcularle el revuelto, eso es pa vainas, coger el día, echar por la calle del medio, meritos dos pesos, a pico de botella, a ojo de buen cubero, se puso de pechitos, tamaña de grande, agarrarse a las cocas, arrancarle el moño, muy entripado o entripada (por preocupado), jartarlo a palos, largarse pa la porra, andar en cabeza, tiene el colmillo ahumado, no es escaparate de nadie, machete estate en tu vaina, etc., etc. Todas estas frases y curiosos modos de decir son usados por Tomás Carrasquilla en "Hace Tiempos", "Frutos de mi tierra", "Domingales", "De tejas arriba", "El zarco"; por Efe Gómez en "Mi gente" y "Guayabo negro"; por Bernardo Arias Trujillo en "Risardaldá"; por Arango Villegas en sus crónicas y por Francisco de Paula Rendón. Efe Gómez trae el siguiente giro que es muy usado en las regiones del norte antioqueño: "Estoy tan maluco que me sabe la boca a cinco pe-

sos de cositas". En una mina del norte de Antioquia oí a Juana Peranga, la peluquera de la región, gritar como sigue a un negro que se quejaba, desconsolado, de la vida: "Oiga hermano: no la **malangustie**, ni la **desaflija** que usted es de esos machos de amarrar en playa con una cuarta de cabuya y es capaz de prender candela bajo el agua". Me parece que este galimatías de la Paranga es modelo de expresión enérgica.

Usamos en Antioquia, y de la misma manera se usan en España —según Cejador—, un sinnúmero de expresiones derivadas de nombres de animales para expresar con ellas acciones propias de personas, generalmente. Para lo que expondré en seguida es de notarse que los latinos formaban de los verbos, nombres; al contrario de la índole del castellano que suele formar verbos de los nombres. Todas las expresiones que van en seguida constituyen una especie de jardín zoológico, vivo y bullicioso y lleno de colorido. Se oyen al través de ellas toda clase de gruñidos, chillidos, rebuznos y maullidos, y se ven toda clase de muecas, brincos y contorsiones. Y así tenemos y tienen en España, en parte, según el autor citado: **azorarse**, como la garza perseguida por el azor; **amilanarse**, como los pajaritos a la vista del milano; **aconcharse**, como la tortuga o el caracol; **aturdirse**, como el toro; **encabritarse**, como el cabrito; **gulunguear** (es decir, colgar, oscilar), como el nido del gulungo; **alebrestarse**, como la liebre; **emporcarse**, como el puerco; **marranear** (engañar a otro); **enchivarse**, como el chivo; **avisparse**, como la avispa; **enratonarse** y **desenratonarse**, derivados del ratón; **emperrarse**, como el perro; **entorarse**, como el toro; **atortolarse**, como la tórtola; **pavonearse**, como el pavo; **encapricharse**, como la cabra que se encarama; **acurrucarse**, como la curruca; **agazaparse**, como el gazapo o conejo; **achicharrarse**, como la chicharra; **agallinarse**, como la gallina; **amoscarse**, como la mosca; **gatear**, como el gato; **caracolear**, dando las vueltas del caracol; **mariposear**, como la mariposa; **serpear**, como la serpiente; **engatusar**, como el gato; **garrapatear**, como la garrapata; **zabullirse**, como el sapo (zabu: sapo en eúskera); **erizarse**, como el erizo; **desperdigarse**, como las perdices; **despotricar**, como el potro que brinca y salta, etc., etc.

También es perfectamente aplicable a nuestro lenguaje antioqueño el hecho que observa el mismo autor sobre la costumbre española de aplicar nombres de animales, por metáfora, a personas. Así, es de uso común en nuestra habla popular decir: fulano es un "perro" de primera; es un "cuzumbo-solo"; es un "chinche"; es muy "zorro"; es demasiado "conejo"; es una "gallina" ese tipo; es un "puerco"; es un "chivo"; un "pavo real"; son unos "patos"; una "loba"; una "chapole-
ra"; una "sabandija"; habla como una "cotorra"; es un "burro"; un "borrego"; un "moscón"; un "lagarto"; una "mosquita-muerta"; es muy "gallo"; una "gata"; una "mariposa"; una "víbora"; es una "chucha"; es un "rata" o "ratero"; corre más que una "liebre"; es un "hipopótamo"; tiene constitución de "chivo negro", paciencia de "buey" sampedreño; entra más que una "nigua" salamineña; es muy rasca "pulgas"; salta como un "gamo"; más cruel que un "tigre"; es un "pollo" o una "polla"; tiene nariz "aguileña"; cuello de "cisne"; pies de "gacela"; más pelo que un "oso"; es un cabeza de "toro"; es "lince" como él solo; tiene ojo de "lince"; es un "zángano"; es una "hiena"; más bruto que un

“mulo”; más terco que un “macho”; se hincha como la “rana”; cacarea como la “gallina”; tiene malas “pulgas”; es muy “caimán”; se pega como una “lapa”, duerme como un “lirón”; es más feo que un “mico”; más vivo que una “comadreja”; más blanca que el “armiño”, etc., etc.

Y tiene nuestra encantadora habla popular tan hondas raíces hispánicas, está tan saturada de un españolismo genuino, de un casticismo puro, que todos estos motes o apodos, todas estas maneras de decir, casi todas estas frases que usamos en el lenguaje familiar y que matizan nuestra novela y nuestro cuento terrígenos, son también de uso común y general en el pueblo español.

Si tomamos las frases, giros y refranes del Quijote, asunto tan amplia y excelentemente estudiado en un gran libro por Enrique de Cárcer, llegaremos a la conclusión evidente de que ese sin fin de frases, ese sin fin de giros y ese sin fin de refranes usados por Cervantes, se usa también en nuestro pueblo, tal como se empleaban en aquella época en España, si mucho, con algunas variaciones que en todo caso favorecen nuestro lenguaje porque lo hacen más vivo, más expresivo y más enérgico que el lenguaje español.

Simplemente para ilustrar la cuestión enumero algunas frases, giros y refranes entresacados de diversas páginas del Quijote: “Quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija”; “Quien tiene tejado de vidrio no le tire piedras al vecino”. “El que tuviere motivos o causas para ser censurado, no censura a los demás”.

Advierte que es desati-
siendo de vidrio el teja-
tomar piedras en la ma-
para tirar al veci-

Nosotros los antioqueños y, quizás en todo Colombia, lo hemos cambiado por algo muy parecido, pero muy vulgar eso sí... “Sér más ladrón que caco”. “Ir por lana y volver trasquilado”. “A la mano de Dios”. “Ser una cosa tortas y pan pintado”. “El muerto a la sepultura y el vivo a la hogaza”. Nuestro pueblo ha variado este refrán, muy maliciosamente: “El muerto al hoyo y el vivo a l’olla”. “Buscar tres pies al gato”. Esto es, empeñarse temerariamente en cosas imposibles. “Váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante y enderécese ese bacín que trae a la cabeza, y no ande buscando tres pies al gato. Vos sois el gato, el rato y el bellaco respondió don Quijote” (Cervantes). “Con su pan se lo coma”. “Más vale pájaro en mano que buitre volando”. Este aconseja no dejar las cosas seguras, aunque sean cortas, por la esperanza de otras mayores, que son inseguras. Sancho responde a don Quijote: “En la tardanza suele estar muchas veces el peligro, y a Dios rogando y con el mazo dando y más vale un toma que dos te daré, y el pájaro en la mano que el buitre volando”.

Resultaría interminable si continuara citando las frases, dichos, refranes y apotegmas del Quijote y de los clásicos en general para demostrar que todos esos modos de decir son de uso corriente en nuestro pueblo.

Otro de los filones lingüísticos, de incalculable riqueza y colorido, es nuestro cuento tradicional, son las maravillosas narraciones que se cuentan en el patio del rancho en las horas de la noche, a la luz acariciante de las estrellas, al amor del aroma de los maizales espigados de la huerta cercana, junto al perfume de la mejorana, del tomillo y de la yerbabuena esparcidos en las eras... "La flor de lilolá", ese cuento encantador e ingenuo, con el cual nos adormeció la abuela en sus brazos; "Sebastián de las gracias", esa joya folclórica de fantasía y de ensueño, cuento lleno de atrevidos lances caballerescos, pleno de cantares de atractiva belleza: "el Patojito", "Tío tigre", "Tío conejo", "el Sombrerón", "La patasola" y "Peralta" darían campo propicio y amplio margen para un profundo estudio psicológico y lingüístico de esta montaña adorada y adorable.

Existe también una gran riqueza de giros curiosos, un acopio de frases expresivas y vivas, algunas de puro color español en el sentido y en la forma —en nuestra poesía popular, en nuestros cantares antioqueños—. En su fondo esa poesía autóctona tiene rasgos precisos y definidos, aplicables sólo al alma antioqueña. Dulce, sentida y sencilla poesía, sincera, íntima, sin amaneramientos, sin complicaciones. Sana y fresca como el aire de la montaña, olorosa como la tierra humedecida, pura como el agua de la fuente. No se halla en ella la infinita tristeza de amar, ni atedian sus versos los refinamientos enfermizos y anquilosados de las últimas modas literarias.

Cito algunos cantares que juzgo netamente antioqueños y que son poco conocidos. Yo tuve el gusto de oírlos, cantados por una garganta privilegiada de un trovero campesino en las regiones del Quindío. Los tres cuartetos siguientes, sencillos y encantadores, forman todo un poema de amor entrañable, expresado con una graciosa viveza. Hay en ellos cierta ironía intrascendente y un dejo de burla y de amargura infinitas...

Tan embobado me tienes,
que si me fumo un tabaco
lo enciendo por las dos puntas
y ni humo ni nada saco.

Salgo a la calle en cabeza,
tomo el caldo con cuchillo,
me iba a comer el pañuelo
y eché la arepa al bolsillo.

Cuando supe la noticia
de que tú ni me querías,
hasta la perra de casa
me miraba y se reía...

En todos estos cantares se expresan con un lenguaje de admirable soltura, mil y mil sentimientos y emociones de esa sincera alma popular, compleja y multiforme: desengaños terribles, celos diabólicos, tristezas, alegrías, entusiasmo, fe, admiración inteligente de la naturaleza y de las cosas, concepción filosófica de la vida, amor... En síntesis: esta poesía popular, expresada con palabras dulces y límpidas, es

el espejo claro que copia ese espíritu noble e ingenuo del hijo de la montaña, sin ambiciones de lucro ni de gloria, sin el contagio de la ciudad loca, mentirosa, exigente y ridícula, en donde el alma tiene que vivir encerrada como una pobre pajarita enferma entre fuertes anillos de metal.

El gran escritor español Reverendo Padre Fabo, agustino inteligente e ilustre, autor de una gran cantidad de obras literarias y científicas, emitió en algún ensayo el siguiente concepto en relación con el habla popular de nuestra tierra:

“Da grima, en verdad, oír primores de dicción en nuestros campesinos, palabras y expresiones propias y galanísimas, que no tienen que envidiar nada al lenguaje de los periódicos más acicalados y peinados de Madrid, y ver que estos han roto su contacto idiomático con el pueblo, y que si a las gentes de las montañas y rincones de las Castillas van, es para emporcar la dulce y limpia corriente de sus conversaciones. Y lo que digo de las provincias castellanas, entiéndase de varias de las regiones hispano-americanas, como Antioquia, en Colombia, donde se habla ¡y qué lindamente! el lenguaje del siglo XVII, llevado a esas tierras por nuestros viejos abuelos. A esto lo llaman hoy los galicistas arcaísmos y ranciedades.

“Los españoles llaman hoy **tifus** a lo que los colombianos **tifo**, así como aquellos dicen **gripe** a lo que éstos **gripa** y **eucaliptus** al **euca-lipto**. Que no lo oigan los españoles y por eso lo digo con sordina: yo tengo para mí que la tradición constructiva de la lengua se conserva mucho mejor en Colombia que en la España moderna”.